



## La cena

**A** la hora del almuerzo, todos nos sentamos a la mesa. Mi madre ocupaba un extremo y mi padre el otro. El Demonio y yo estábamos a un costado y, frente a nosotros, Lutzgarda.

De pronto dije:

—Humberto, mi pollito, ha muerto.

El ruido de los cubiertos se suspendió. Los bocados se quedaron a medio camino. Examiné todas las reacciones. Lutzgarda me miró. Miluska hundió los ojos en su plato

de sopa. Mi padre miró a mi madre y ella lo miró a él.

—Murió entre las nueve y las once de la mañana —dije—. Alguien lo metió en la batea y ese alguien está aquí.

—Una acusación debe hacerse con pruebas —dijo mi padre—, ¿tienes alguna prueba de lo que dices?

—No. Solamente sé cómo murió. Lo encontramos flotando en una batea, entre tus medias sucias. Alguien lo puso dentro y por eso se ahogó.

—Pues no fui yo —dijo mi padre.

—¿Subiste a la azotea en la mañana? —pregunté.

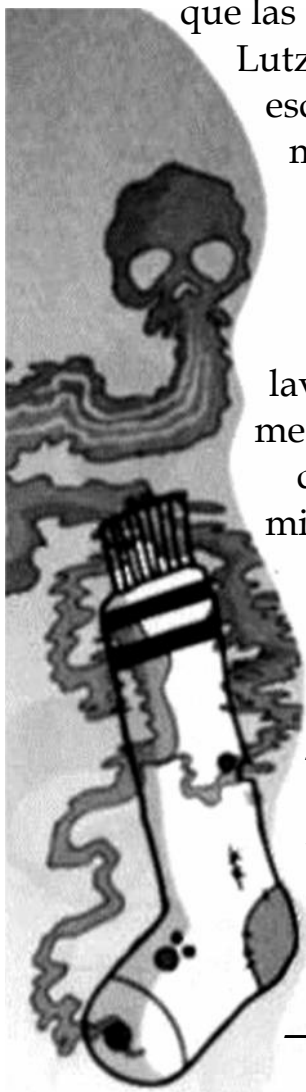
—No, no me acuerdo.

—Sí subió, señor —dijo Lutzgarda, de pronto—, recuerde que usted estaba buscando sus medias. Me preguntó si estaban limpias y le dije que estaban en la ropa sucia.

- Ah, sí, claro, subí a buscarlas.  
– Y las encontró. Porque me dijo



Alguien lo metió en la batea y ese alguien está aquí.



que las iba a lavar — agregó  
Lutzgarda — y que si las  
escurría bien las podía  
meter al microondas  
para secarlas,  
que tenía tiempo...

— Es cierto — dijo  
mi padre — , intenté  
lavarlas, pero después  
me acordé de que tenía  
que recoger a dos de  
mis compañeros y que  
no iba alcanzar a  
llegar a la canchita  
si me ponía a hacer  
todo eso

— ¿Llenaste la batea,  
pusiste detergente  
y pusiste las medias  
dentro? — pregunté.

— Sí, pero lo dejé a  
medio hacer  
— respondió mi papá.

—¿Pusiste la batea en el centro de la azotea? —le pregunté.

—No, al centro no —respondió mi papá—, más bien a un costado, junto a la lavadora. Y luego le dije a Lutzgarda que no había lavado las medias y, como ella estaba lavando la ropa, le pedí que les diera una sobadita y que las colgara.

—Esas medias no necesitan sobaditas, necesitan sobadazas —dijo mi mamá, ácido muriático, un lavador superespecial. ¿Por qué no las botas?

—No te metas con mis medias de la



suerte, hoy no ganamos y todo porque Lutzgarda no lavó la ropa ayer... —dijo mi papá y agregó—: Pero Lutzgarda, más bien, debería decimos qué pasó allá arriba, ella estuvo lavando la ropa toda la mañana. Es la que ha estado todo el tiempo en la azotea. Y además, como todos sabemos, en su historia personal cuenta con un cadáver. La muerte de Perico pesa sobre su conciencia.

Eso era absolutamente cierto.

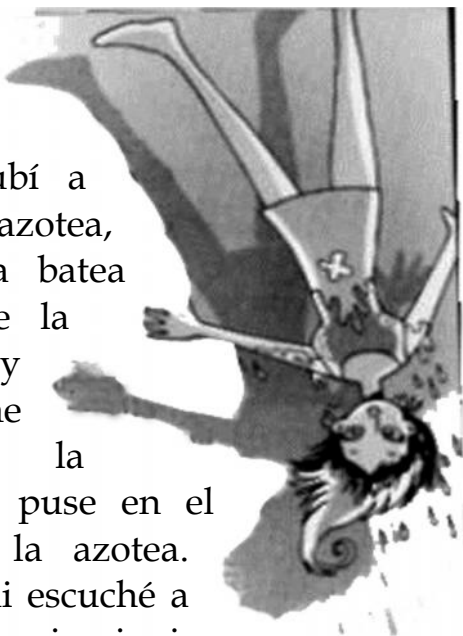
—No, yo no... —dijo Lutzgarda—, ¿por qué querría matar a Humberto? Me caía bien.

—También te caía bien Perico y lo mataste —dijo mi padre.

—Fue un accidente —dijo Lutzgarda.

—Eso solamente te convierte en una homicida culposa, pero homicida al fin —sentenció mi padre.

—Yo no  
maté a  
Humberto.  
Cuando subí a  
la azotea,  
encontré la batea  
al lado de la  
lavadora y  
como me  
estorbaba, la  
moví y la puse en el  
centro de la azotea.  
Nunca vi ni escuché a  
Humberto, ni siquiera  
pensé en él. Saqué la ropa de la  
lavadora y la colgué, eso es todo lo  
que hice. Nunca vi a Humberto.



Si no fuiste tú—dije—, y no fue mi  
papá, ¿quién queda en la casa?

El Demonio levantó la mirada, tenía  
a su Barbie sobre la mesa.

—Me parece que tu muñeca tiene el  
cabello mojado —le dije a mi prima.

Mi padre estiró la mano y tocó la peluca rubia de la muñeca.

— Está mojada, efectivamente — dijo mi padre —. ¿Le lavaste el pelo a tu muñeca? — preguntó.

— Sí — dijo el Demonio

— ¿Dónde? pregunté.

— En la batea — dijo mi prima.

— ¿Subiste a la azotea mientras Lutzgarda arreglaba la casa? — pregunté.

38

— Sí — Dijo el Demonio.

— ¿Viste a Humberto? — volví preguntar.

— Sí — Dijo mi prima.

— ¿En la batea? — insistí.

— No — Dijo ella.

— ¿Lo viste en su jaula? — dije.

— Sí — respondió el Demonio.



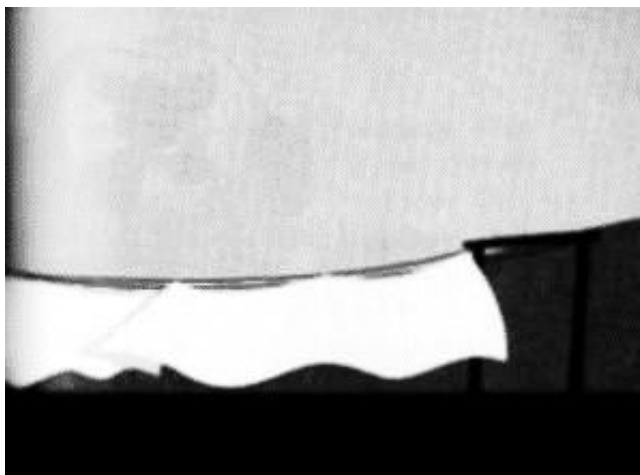


—Lo cogiste, aun cuando te dije que no lo hicieras, y mientras le lavabas el pelo a tu muñeca, también lo lavaste a él y lo ahogaste —acusé.

—No. No lo saqué de su jaula — se defendió mi prima

—¡Mientes! —ataqué.

—Cuando subí, ya Humberto estaba muerto —dijo Miluska—, yo lo iba a sacar de la jaula, pero estaba muerto, entonces lo dejé allí. Después



bañé a mi Barbie y bajé. Yo no lo maté. 40

En ese momento miró a mi mamá, como buscando ayuda, como un cómplice mira a otro cómplice.

—Yo no lo maté, ¿no, tía? —dijo mi prima.

Mi mamá se tomó su tiempo, miró a todos y enseguida dijo:

—Sí, hijita, ni no fuiste...

—¡Sara! —dijo mi papá—, ¿tú mataste al pollo? ¿Necesitas a un



–Sí, hijita, ni no fuiste...

abogado? Conozco a uno barato nomás.

—Tú encontraste a Humberto en la batea, mamá —dije—. Cuando llegamos, fui a lavarme las manos y luego entré a mi cuarto y prendí el televisor. Estuve viendo los Power Rangers, y entonces me llamaste y yo subí y fue cuando me mostraste a Humberto.

—No, esperen, no ha sido así, yo no lo maté —se defendió mi madre.

---

42

—Vas a necesitar un abogado... —dijo mi padre con un cantito.

—Lo encontramos muerto —dijo el Demonio.

Mi madre miró a mi prima.

—Cuando subí a la azotea encontré al Demo... a Miluska, bañando a su muñeca. La puerta de la jaula estaba abierta. Le pregunté por el pollo y me dijo que estaba dentro de la jaula. Cuando iba a cerrar la jaula que

estaba abierta, vi a Humberto, estaba ya muerto. Discúlpame, Miluskita, pero creí que lo habías matado tú.

— Pero yo no fui, tía...

— ¿Por qué lo pusiste en la batea?  
— preguntó mi padre,

— Quise que pareciera un accidente  
— dijo mamá —, quise que creyeran que se había escapado y metido en la batea.

— ¿Por qué? — pregunté.

Mi madre miró a Miluska y luego a mi padre.

— Ah, ya entiendo — dijo mi padre —, quisiste proteger a alguien. Pero ese alguien dice que no fue.

— Tú mataste a mi pollo — dije mirando a Miluska y ella, como siempre, se puso a llorar.